

Evocación sobre mi amigo Paulino García Partida

El pasado día 15 de mayo nuestro Paulino se fue no se sabe dónde, y seguro que nos espera, si hay lugar con el ánimo republicano en lo más alto para acusarnos de no llevarle la buena nueva de la Tercera República española.

Especial y peculiar forma de ser y de hacer. No pasaba inadvertido por más que alguna vez, pocas, intentara ponerse de perfil. A veces se obcecaba por sumar adhesiones inquebrantables, con lo caro que le costaba cada intento: y por ello fui testigo de muchas decepciones que le hicieron sufrir más de lo que merecía la realidad del país, el paisanaje republicano, asociativo o académico.

Voy a echar de menos sus llamadas tempranas (8:30-9:30) para comentarme primicias atribuladas y cortesanías del “reino de España”. Algunas me enfadaban porque pensaba que no eran buenas para las personas que estábamos del lado bueno. Y discutía con él porque me negaba a que ello sucediera sin más; pero inexorablemente se confirmaban en breve a mi pesar. Nunca me dijo su fuente, y yo nunca se lo pedí. Es claro que quién le informaba estaba en el lado oscuro, o próximo a él.

También sus acertadas e inteligentes preguntas: como ¿quién paga esto?, cuando nos invitaban a cualquier sarao con fuste.

Brillante orador y, por ello, buen profesor al disponer de tan importante herramienta para comunicar muy bien. Amaba mucho su profesión como alféitar y, sobre todo, se sentía muy orgulloso como maestro de sus muchos discípulos.

Temible preguntón para cualquier conferenciante con el que no estaba de acuerdo en parte o en todo, o sencillamente porque no era de los suyos. Primero les alababa dándoles jabón oloroso, y a continuación los martilleaba con contundencia aprovechando las fisuras o dudas expuestas. Cuando terminaba la pregunta, si yo estaba a su lado, le decía: “Paulino te has pasado”; me miraba de forma circunspecta y me decía, “luego te cuento”; y si estaba alejado de su asiento, ansiaba que acabara cuando antes el acto para preguntarle el motivo de ello, a la vez que le acusaba de exagerado interlocutor. La verdad es que cuando me contaba el porqué de su actuación, no me quedaba más remedio que felicitarle; a pesar de que sumaba un enemigo más sin beneficio alguno. Sin embargo las preguntas públicas a los amigos eran de esas que cualquier ponente responde: “me alegro que me haga esta pregunta”; yo recibía siempre alguna previamente pactada o no.

Nuestro paso como dirigentes por el Ateneo de Madrid, él Presidente y yo Secretario Primero, fue muy duro por cuatro razones fundamentales: una, por deudas muy importantes generalmente derivadas de la construcción básica del edificio colindante de Prado 19. que tuvimos que solventar con mucho tiento y acierto dos, por el brusco cambio que iniciamos desde la vetustez intrínseca que destilaba el Ateneo a la modernidad mediante equipos informáticos y el correspondiente aprendizaje del personal que se inició con ellos, además de instalar una centralita telefónica pasando de unas cuatro o cinco líneas telefónicas a la lógica funcionalidad centralizada; tres, por el reajuste de personal y cambios de tareas para mejorar la funcionalidad de una organización tan peculiar y antigua como la que nos encontramos; y cuatro, promover sin ambages unos Estatutos y Reglamentos, con la salvaguarda de una fundación, que proyectaran al Ateneo con muchas garantías durante el siglo XXI.

Y se armó la de Troya entre la tosquedad funcional de anclados socios a las menesterosas e históricas ubres de la Institución y el altruismo constatado de Paulino, el mío y el de otras personas cercanas a nuestras honradas y honestas pretensiones a favor del desarrollo responsable de la Casa como una Organización Privada y Sin Ánimo de Lucro (OPSAL). Y partiendo de la siguiente premisa: al Ateneo del siglo XIX y un tercio del XX se le consideró progresista en proporción a su tiempo, frente al momento que asumimos la responsabilidad citada por una institución histórica convertida en una antigualla por la forma de llevarla y por el fondo de considerar como importantes cuestiones banales. Y, además, la dificultad colateral a la que nos enfrentamos al no valorar correctamente la diversidad nociva que pululaba y bullía, día tras día, por el albero del Ateneo de Madrid. Craso error de dos afanosos idealistas.

Nunca podré olvidar nuestra consternación y malestar al no obtener respuesta, noble o canalla, por el abandono y desidia en tardar más de quince años en recibir de los dirigentes sucesivos el motivo de no permitir que su imagen pintada estuviera visible entre otros que fueron Presidentes del Ateneo desde hace más de ciento cincuenta años. Hemos esperado a su anunciada y diagnosticada muerte para que ello sucediera. Su pecado fue el de presentarse a Presidente sin que nadie compitiera contra él democráticamente. Ahora, y paradoja del destino, el día 30 de este mes de mayo hay elecciones en el Ateneo, sólo se presenta una lista a cargos sin que exista competidora alguna ¿Habrán por ello una contestación tan injusta como la que padeció Paulino? Es claro que este ateneo nada tiene que ver con el que soñaba Paulino.

Lo expuesto en los párrafos anteriores es mi mejor encomio para señalar la amistad incontestable e incondicional entre Paulino y yo. Forjada entre dos amigos que se reconocen con sus muchos errores, debilidades y contradicciones para sortear lo cotidiano y lo cercano. Aunque tengo que reconocer que puso más esfuerzo porque partía con desventaja al no haber compartido hábitos y usos entre hermanos a edades tempranas. Por eso, y por otras razones complementarias, valoro mucho su esfuerzo para mantener nuestra encomiable amistad.

Por otra parte, agradezco la amistad consiguiente y resultante con la familia de Paulino Pilar, Paulino, Clara... y con sus amigos entrañables académicos o no, en una lista muy larga si citara nombre tras nombre.

También agradezco el respeto y alabanzas mantenidas sobre su hacer personal en el ámbito republicano. Y, sobre todo, por las lamentaciones por su deceso entre los amigos y amigas defensores de la Segunda República y del advenimiento de la Tercera.

Y tengo la amarga sensación de no haber sido firme (y sobre todo hábil) para arrancarle de cuajo algunos demonios que presentí hace unos diez y siete años, y que le hacían mucho daño al no encontrar el modo o el camino para expulsarlos por sí mismo. Torpe de mí al considerar que debía respetar, por encima de todo, su intimidad; obviando que existen partes y matices de un todo que nos pueden acercar a concebir bien o mejor la solución o la verdad deseada.

Por último espero que cuando llegue mi turno, la opinión que me arrogo sobre la nada absoluta este equivocada a favor de ciclos de reencarnación con memoria en esta o en otras dimensiones siderales. Paulino, hasta más ver y entender si así fuere.

Tu amigo Juan

Madrid 23 de mayo de 2012